

Delirium¹

Bernardo Couto Castillo

¹ Publicado en *El Partido Liberal*, 15 de octubre de 1893.



EL LÍQUIDO DE EXÓTICO COLOR, que traído de Oriente ondea lento en afiligranada y pequeña taza, hace a mi mente despertar del letargo en que yace, en mi cerebro comiéndose a mover las ideas, las fantásticas querellas y embriagadores ensueños que dormían; evocados por mí comienzan a pasar.

Ved allí en primer término el ardiente serrallo, la sultana tendida en persa diván, a su lado la gacela favorita adormecida por el humo del opio cabecea perezosa, mientras su dueña, la bella sultana resalta con su marmórea desnudez sobre el rojo tinte que predomina en la habitación.

¡Diosa voluptuosa, que aletargada, el abultado seno palpitante, la cintura oprimida por cintas de diamantes, de perlas, de turquesas y rubíes, la dorada cabellera suelta provoca al placer, incitas al vicio, pasa, huye, que mis ojos no tropiecen más contigo voluptuosa diosa, pasa, pasa!



El opalino líquido, el que conduce a la muerte, el compañero del poeta, ha despertado mi imaginación adormecida.

Ved allí las rugientes olas elevarse, vedlas arrastrar en su furia los yertos cadáveres, ved a las blancas gaviotas defender a las diosas de las negras carnívoras aves que pretenden arrojar sobre las ninfas a las que desgraciados amores han dado muerte, luchan, se arrancan las plumas y sus gotas de sangre, convertidas en el espacio en dolorosas lágrimas, vienen a caer, convertidas en perlas, sobre los yertos y pálidos cadáveres.

¡Olas gigantescas, emblemas de la vida, que crecéis, os eleváis y os perdéis, huid, arrastrad los fríos cadáveres, huid, huid!

¡Nubes plomizas, que sobre el azulado cielo o destacáis, envolved en vuestras brumas la gaviota y el negro cuervo, huid, huid!



El vino de la Hungría, el dulce Tekay “que tiene el color y el precio del oro”, hace que mis sordos oídos despierten de su letargo, y ya escucho las *czardas* de los *tziganos*, ya escucho el lejano grito del guerrero, el doloroso gemido

del vencido, el furioso grito del héroe, los dulces lamentos de la virgen, el suspiro del amante y el sonoro beso de eterna despedida.

¡Muerte, constante tormento del ser humano, arrastra con tu frío sudario al *tzigano*, sofoca con tu crispada mano el lamento del vencido, y el grito del vencedor; arrastra lejos, muy lejos esa dulce música que hace brotar en mis ojos la perdida lágrima, arrástralos, arrástralos.



Dulce viento de la mañana acaricia mi frente, mesa mis largos e hirsutos cabellos, dame la dulce inspiración que traes contigo; no me abandones, queda, queda a mi lado, no dejes que el negro café traiga a mi mente voluptuosas danzas, aleja el ajeno que arrastra mi imaginación y oculta el Tekay que me hace gemir al escuchar los desgarradores acentos del domado pueblo, del león vencido, y queda tú, tú que traes los tiernos amores, los idilios campestres, el murmullo del arroyo, la argentina risa de sonrosada campesina, los dorados rayos del Sol, los pálidos de la Luna; quédate tú que traes la dulce e inmortal poesía, la salud, la vida, la inspiración, tú que eres el hijo predilecto de la naturaleza, que das sepultura a las muertas hojas, queda a mi lado, refresca mi ardiente cabeza constante, eternamente.



Fatídico sauce, triste y único compañero que en el no ser existes, aleja de mis llorosos ojos tu intensa palidez, muere, penetra bajo la fría losa.

¡Mármoles, símbolo de lo eterno; vosotros que separáis de la tierra lo que existió, ocultad el sauce, ocultadlo!

Blancas guirnaldas de perfumadas rosas, embriagadme con vuestro olor. Cuando en mi tumba desatéis vuestro broches no me creeré tan solo. ¡Venid!, ¡venid!

Rosas purpurinas, adormecedme y haced que en mi memoria muera el triste recuerdo del pálido sauce, su sombra en mi tumba me espantaría. ¡Rosas purpurinas, venid!

Uníos al viento de la mañana, uníos a mi dicha, endulzando los últimos años de mi vida.

¡Viento matinal, rosas perfumadas, quedad, quedad! 